

blica, para evitar el contagio no sólo físico sino moral; para garantía y resguardo de la niñez inocente, de la virtud incauta y de la gente honrada.

La ociosidad del público lagartijero y el *qué se me da á mí* de las pocas señoras que aún pisan esas calles á la hora del escándalo no debe tranquilizar á la policía respecto á la aquiescencia del público. En bien del decoro y de las buenas costumbres, la policía debe reprimir esos desmanes de sus tuteladas.

Gumesindo, Nito, Trujillo y Pepe han tenido tiempo durante la digresión anterior, de tomar la tercera copa en la cantina de Plaisant. Gumesindo pagó las doce copas, y las amistades quedaron hechas definitivamente.



CAPÍTULO VIII.

MIENTRAS Gumesindo se entregaba á las seducciones de la calle de Plateros, D. Trinidad, D.^a Candelaria y las niñas aprovecharon la mañana en oír misa en la Catedral, no sin haber pasado una revista minuciosa á la rica colección de carteles del Circo Orrín, sintiendo la más viva curiosidad por contemplar por la primera vez en su vida un león de carne y hueso, un elefante y otros animales.

D.^a Candelaria se había puesto un vestido de seda morado y un tápalo de punto; D. Trinidad un saco negro y el sombrero negro de fieltro alti-jarano que le servía en las solemnidades de su tierra, y las niñas

llevaban trajes de lana color de rosa con adornos de raso, y velos de punto.

D.^a Candelaria y sus hijas presentaban ese contraste que el adelanto de la época ofrece entre las madres que, girando en cierto círculo social, permanecen en él estacionarias y ven con amor, pero con extrañeza, que sus hijas den un paso más á la cultura y al refinamiento. D.^a Candelaria no abandonaba sus costumbres, su traje y sus modales; y no pocas veces emprendían contra ella sus hijas una verdadera lucha para inducirla á aceptar alguna reforma. Vestía llevando varias faldas, quiere decir, que aún permanecía *ampona*, apesar de la moda; de manera que sus hijas hacían con ella un verdadero contraste. Las niñas tenían esa esbeltez macilenta, aunque á veces gallarda, de las jóvenes de nuestra época; enjutas de carnes y largas de huesos, podían sin esfuerzo copiar en sus contornos las líneas exageradas de los figurines de la Moda Elegante, y llevaban los vestidos angostos, cortos y recargados de adornos de

la misma tela; los tacones altos, y todas esas estrecheces puntiagudas del *chic* moderno. D.^a Candelaria había llegado á creer en su pueblo que sus hijas iban á parecer ridículas en México; pero comenzó por la primera vez á concederles la razón, cuando tuvo ocasión de compararlas con las jóvenes que encontraban en la calle.

—Ya lo vé V., mamá? le decían sus hijas, esas señoritas van más angostas que nosotras.

D. Trinidad y su mujer encontraban esta sanción muy de su gusto.

—Por más que yo no pueda ver á los extranjeros, decía D. Trinidad, es preciso sujetarse á su ley, ellos nos dan el molde, y ya lo ves, en todo se les imita. Yo sabía muy bien que esos vestidos de las muchachas, contra los cuales te rebelaste, eran de moda, y no había más remedio que aceptarlos.

Mientras esto pasaba en el jardín del atrio de la Catedral, un coche de sitio se paraba frente al Café de Iturbide, en cuyo

muro exterior había una costra de *lagartijos*, pegados allí, como los mosquitos á la inmediación de cualquier fermentación alcohólica.

En el coche iban dos *señoras* vestidas de raso, una de ellas de formas robustas, que rayaban en la obesidad, asomó la cabeza y llamó con tono imperioso.

—¡Perico! dirigiéndose á uno de los *lagartijos*, que era un pollo imberbe.

—¿Qué quieres?

—Hombre, Periquillo! repitió la obesa con acento marcadamente español; quieres decirme quién es un campesino de sombrero dorado que está en la 1.^a de Plateros, parado hace dos horas?

—Y cómo quieres que lo sepa?

—Es que yo necesito saber quién es.

—Para qué?

—No te importa: averíguamelo y me vas á avisar: ¿ejtamo?

El pollo se quedó viendo á la española, semi-humillado.

En esto se acercó otro pollo.

—Aquí estás tú, chiquillo? Mira, aquí está ésta, dijo la obesa señalando á su compañera. Mándanos dar algo: no seas poco galante con las señoras.

—¿Qué quieren tomar? dijo el segundo pollo.

—Yo, cognac, un poquito, ya sabes que padezco del estómago.

—Yo también cognac, dijo la compañera.

Mientras el segundo pollo entró al café á pedir el cognac, la robusta comprometía á Perico á que tomara noticias del charrito. Mira, chico, es muy facil que des con él; lleva un sombrero canelo bordado de oro, y en los pantalones muchos botoncitos de plata. Yo te aseguro que prefiero el niño ese á todos los curros de mi tierra. Mira, voy á dar una cena en la Concordia, como la del día de mi santo ¿qué te parece? cuento contigo.

—Y con el charrito?

—Se entiende, hombre, no seas niño. Yo necesito relacionarme en tu tierra con la gente decente ¿ejtamo?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1425 MONTERREY MEXICO

El criado había traído cuatro copas de cognac, que las mujeres apuraban dentro del coche y los pollos en la calle. Los demás *lagartijos* dirigían miradas turbias y equívocas al coche: unos para decir: *eso es pelarse* y otros para decir: *mira qué mal-ditos*.

Al recibir las copas vacías el mozo, tropezó con un transeunte y rodaron copas y charola por el suelo. El ruido del cristal, al romperse, produjo la hilaridad entre los *lagartijos*: se detuvieron los transeuntes, re-funfuñó el criado, y se pararon otros dos coches con carga española.

—Mira qué mona se están poniendo las de López, dijo una de las de los nuevos coches, asomando la cabeza.

Un gendarme se paró á ver, pensando en si aquello sería falta de policía; pero el criado había desaparecido sin reclamar.

Las de los otros coches venían á tomar cooktails. La costra de lagartijos había entrado en ebullición: los pollos estaban muy divertidos.

La gorda tocó el vidrio delantero y el haraposo auriga azotó los caballos enclenques.

La familia de D. Trinidad había alquilado, entretanto, cuatro sillas en el jardín del Zócalo.

Pasaba á la sazón una *señora* pálida, vestida de raso color de oro viejo y velo-mantilla negro, zapatos bajos de altos tacones color de oro viejo y medias color de oro viejo, como el del sombrero de un señor trigueño que estaba enfrente. La *señora* aquélla llevaba un paso mesurado, tanto cuanto podía serlo para pisar sobre la escabrosa calzada con los apéndices puntiaguados de su calzado, y tanto cuanto debía sostenerlo para afectar un decoro..... color de oro viejo.

—Mira que curra va esa, dijo D.^a Candelaria á su marido. Se conoce que es alguna rica de las más encopetadas.

—Nos hemos de hacer vestidos de raso de color de oro viejo, se decían las muchachas.

—Y zapatos del mismo color para ir á nuestra tierra á dar la ley.

Gutiérrez se presentó en estos momentos.

—Señor D. Trinidad, señoritas..... dijo saludando; ¿qué tal?

—Oiga V., me gusta el paseo, contestó D. Trinidad. Yo no puedo conseguir que el zócalo de mi tierra esté tan concurrido. Las señoras de allá son muy metidas. Pero ya un amigo mío está organizando la música y cuando vaya V. por allá, Sr. Gutiérrez, ya verá V. como se juntan.

—Oye, Trinidad, dijo D.^a Candelaria en voz baja; no te parece que no es muy conveniente poner esa *mona* desnuda en un paseo?

—¿Cuál mona?

—Aquélla de fierro.

—No la veo.

—Esa que está sobre una columna de piedra.

—Esa no es mona.

—No? pues qué es?

—Es una Vénus.

—Bueno, se llamará como tú quieras; pero está indecente.

—Todas las Vénus son lo mismo.

—Por eso no debían ponerlas. Mira, vamos á cambiar de asiento, para que las niñas no las vean; ¿qué te parece?

—No me parece mal; pero creo que no se han fijado, será bueno no hacerles maliciar. Por otra parte, está tan chorreada la tal Vénus que no debe llamarles la atención.

Efectivamente, la Vénus del Zócalo ha llegado á su último grado de desaseo y abandono, como las fuentes y todas las demás obras de ornato, para patentizar á la sociedad y á los extranjeros que en nuestros ediles no existe ese espíritu de nacionalidad y de patriotismo que se afana por manifestar la cultura y la ilustración de la capital de la República. Nos haría más honor suprimir las estatuas que poner de manifiesto nuestro desprecio y abandono por las obras de arte destinadas á hermopear un paseo público. La lama microscópica se ha apoderado de los pedestales, que lucen á la

vez los chorreones de la lluvia; las arañas tejen sus telas en los pliegues del ropaje y entre los dedos de las estatuas, en las que las huellas de las lluvias y el polvo han llegado á darles un aspecto ceniciento y ridículo.

No es esta cuestión de fondos, sino de decoro público, porque un solo hombre con un jornal de cuatro reales, podría dedicar cuatro horas diarias á la conservación de las estatuas y los pedestales, que de otro modo acabarán por inutilizarse en fuerza de abandono y de desidia. Igual servicio de aseo y conservación requiere la banqueta de mármol so pena de que dentro de algunos meses empiece á deteriorarse por todas partes. Mientras esa banqueta permanezca cubierta por la tierra, el incesante tráfico convierte las suelas de los zapatos en otros tantos aparatos despulidores, que irán adelgazando las soleras hasta el punto que empezarán á partirse en pequeños pedazos. Ya que se hizo ese lujoso disparate, probemos al menos que somos dignos de pisar en mármol porque sabemos conservarlo.

Las calles del jardín compuestas de pequeñas piedras y de tierra suelta, han ido perdiendo sus capas superiores que las hacían tersas, y dejan ya asomar las piedrecitas descarnadas, haciéndose penoso el andar, especialmente para las señoras. Esas calles, cuando se riegan se ponen fangosas, y cuando están secas prodigan polvo á los transeuntes y á las plantas. El círculo, que tiene el mejor pavimento, se le alquila á Bejarano, y este alquiler no se aplica á la conservación del jardín, como era de esperarse. Los fondos de la ciudad deben pasar á otras manos vista la inutilidad de los ediles.

